SAN ANTONIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

San Antonio

A X. Charmes.

Le llamaban San Antonio porque se llamaba Antonio, y quizá también, porque era un alegre compadre bromista, tragón y aficionado á las mujeres, aunque tuviera ya más de sesenta años. Era un campesino del país de Caux, coloradote, de gran pecho y barriga, asentado sobre dos piernas que parecían demasiado delgadas dada la amplitud del cuerpo.

Era viudo, y vivía solo en su casa de campo con su criada y los dos mozos de labranza cuidadoso de sus intereses, entendido en negocios, buen agricultor y ganadero.

Sus hijos y sus tres hijas, casados todos, vivían en las cercanías é iban una vez al mes á comer con

su padre. Su vigor era célebre en todo el contorno y se decía á modo de proverbio: «Es fuerte como San Antonio,» cuando se quería ponderar el vigor de un hombre.

Cuando llegó la invasión prusiana, San Antonio prometió comerse un ejército hablando con sus compinches de taberna, pues era charlatán á fuer de normando, un tanto cobarde y fanfarrón. Golpeaba con el puño la mesa de madera que se estremecía haciendo bailar vasos y botellas, y gritaba con el rostro encendido y la mirada burlona, fingiendo una cólera que no sentía:

—¡Habré de comerme algunos, voto á Dios!

Creía que los prusianos no llegarían á Tannevi-lle; pero cuando supo que estaban en Rautôt, no salía de su casa, y acechaba de continuo la carretera por la ventanilla de su cocina, creyendo á cada instante que iban á pasar bayonetas.

Una mañana, mientras comía la sopa con sus criados, se abrió la puerta, y el alcalde del pueblo, maese Chicot, entró seguido de un soldado que llevaba un casco negro con punta de bronce. San Antonio se levantó de un salto. Todos los presentes le miraron pensando que iba á matar al prusiano, pero se contentó con estrechar la mano del alcalde que les dijo:

—Aquí tienes uno para ti, San Antonio. Han llegado esta noche. No hagas ninguna tontería, porque hablan de fusilar y de quemarlo todo si ocurre la menor avería. Ya estás prevenido. Dale de comer; parece un buen chico. Buenas noches, voy á ver á los demás, pues para todos hay.

Se fué.

El tío Antonio, que estaba pálido, miró á su prusiano. Era un muchacho grueso, de carne grasa y blanca, de ojos azules, de pelo rubio, peludo hasta los pómulos, y que parecía idiota, tímido y buen muchacho. El normando lo adivinó en seguida, y tranquilizado le hizo señal de que se sentara. Luego le preguntó:

—¿Quiere usted sopa?

El extranjero no le comprendió. Antonio tuvo entonces un rasgo de audacia, y dijo poniéndole bajo las narices un plato lleno:

—Toma, trágate esto, gran cerdo.

El soldado contestó «ya» y se puso á comer con gusto, mientras que el campesino, triunfante y sintiendo reconquistada su reputación, guiñaba un ojo á sus criados que hacían unos visajes raros, teniendo á un tiempo mucho miedo y ganas de reir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando el prusiano se hubo zampado su ración, San Antonio le sirvió otra que desapareció igualmente; pero no quiso tomar la tercera que el aldeano quería hacerle comer por fuerza, repitiendo:

—Ea, métete esto en la barriga. Engordarás ó reventarás, cerdo mío.

El soldado comprendiendo que querían darle de comer, reía contento y decía por medio de ademanes que ya estaba satisfecho.

Entonces, San Antonio, que ya había tomado confianza con él, le dió un golpecito en la barriga, gritando:

—Mirad cuánto ha comido mi cerdo.

Pero de pronto se movió en la silla como si fuera á sufrir un ataque no pudiendo hablar. Se le había ocurrido una idea que le hacía reventar de risa.

—Eso es, eso es, San Antonio y su cerdo. He aquí mi cerdo.

Los tres servidores se echaron á reir á su vez.

El viejo estaba tan contento que hizo traer aguardiente del bueno para convidar á todos los presentes. Brindaron con el prusiano que castañeteó la lengua por adulación y para indicar que lo hallaba muy de su gusto. Y San Antonio le gritaba:

—¿Eh? ¿no te parece bueno? ¿Acaso bebes en tu casa aguardiente de este, cerdo mío?

Desde entonces, el tío Antonio no salió nunca sin su prusiano. Le gustaba la broma. Aquello era su venganza de bromista. Y toda la gente que se moría de miedo, reía hasta reventar á espaldas de los vencedores de las bromas de San Antonio.

Verdaderamente, como broma era buena. No había otro como él para inventar cosas por el estilo. ¡Valiente bromista!

Se iba á casa de los vecinos después de comer, dando el brazo al alemán que presentaba con expresión alegre y dándole palmadas en el hombro. Al mismo tiempo decía:

—Mirad, este es mi cerdo, ved cómo engorda el animal.

Y los aldeanos se reían alabando la gracia de San Antonio.

—Te lo vendo por ochenta francos, Cesáreo.

—Me quedo con él, Antonio, y te convido á comer embutido.

—No, lo que me gusta son los pies de cerdo.

—Tócale el vientre y verás que todo es manteca.

Y todos guiñaban el ojo sin reir muy alto sin embargo, de miedo que el prusiano adivinara al cabo que se burlaban de él. Unicamente Antonio se atre-

vía más cada día y la pellizcaba los muslos diciendo: «Todo manteca»; le tocaba el final de la espalda diciendo: «Todo esto es tocino»; le levantaba entre sus brazos de viejo coloso capaz de sostener un yunque exclamando: «Pesa más de seiscientas libras y todo es aprovechable.»

Había tomado la costumbre de hacer ofrecer comida á su cerdo donde quiera que fuese con él. Esto le divertía de un modo infinito. «Dadle lo que queráis, lo come todo», decía.

Y ofrecían al soldado pan y manteca, patatas, guisado frío, y *audouille*, lo que hacía decir:

—De la de usted y de lo mejor.

El soldado, estúpido y bueno, comía por compromiso, encantado de aquellas atenciones; se atiborraba para no rehusar. Y verdaderamente engordaba, cabiendo apenas en su uniforme, lo cual hacía decir al viejo:

—¡Ah, cerdo mío, tendremos que hacerte otra pocilga!

Eran muy amigos; y cuando San Antonio salía al campo, el prusiano le acompañaba espontáneamente por el gusto de estar con él.

El invierno era frío; helaba hasta partir las piedras; el terrible invierno de 1870 parecía lanzar todos los azotes sobre Francia.

El tío Antonio, que veía de lejos y aprovechaba las ocasiones, previendo que faltaría estiércol para las labores de primavera, compró el de un vecino que necesitaba dinero, y se convino en que cada noche iría con su carro á buscar una carga de abono.

Cada día, pues, se ponía en camino al anochecer, é iba á la hacienda de los Haules que distaba una media legua, siempre acompañado de su cerdo. Y á diario se entretenían en alimentar al animal. Toda la gente acudía como el domingo se va á misa mayor.

El soldado, sin embargo, empezaba á desconfiar, y cuando reían demasiado alto, volvíasele inquieta la mirada y á veces colérica.

Un día, después de comer cuanto en gana le vino, rehusó un nuevo bocado y trató de levantarse para irse. Pero San Antonio le contuvo con un movimiento de muñeca y apoyándole sus manos poderosas en los hombros, le hizo sentar con tanta rudeza, que se rompió la silla.

Estalló una verdadera tempestad de carcajadas, y Antonio radiante, levantando á su cerdo, fingió que le curaba y luego exclamó:

—¡Ya que no quieres comer, vas á beber, voto á Dios!

Fueron por aguardiente á la taberna. El soldado miraba atravesado pero bebió sin embargo; bebió cuanto quisieron, y San Antonio le aguantaba la cabeza con gran alegría de los presentes.

El normando, rojo como un tomate, con la mirada centelleante, llenaba las copas y brindaba gritando:

—¡A la tuya!

El prusiano, sin decir una palabra, engullía una tras otra las copas de coñac.

Era una lucha, una batalla, un desquite. ¡Quién bebería más, voto á Dios! Y ni uno ni otro podía más al acabarse el litro. Ninguno de ambos quedaba vencido. Estaban empatados. Habría que empezar de nuevo al día siguiente.

Salieron tambaleándose y se pusieron en camino al lado del carro de estiércol que arrastraban lentamente los caballos.

Empezaba á nevar; la noche sin luna se iluminaba tristemente con la claridad muerta de las llanuras. El frío se apoderó de los dos hombres aumentando su embriaguez. Y San Antonio, descontento de no haber triunfado, se entretenía en empujar á su cerdo para hacerle caer en la cuneta.

El soldado evitaba los ataques por retiradas, y

cada vez pronunciaba algunas palabras alemanas que hacían soltar la carcajada al labriego. Por fin el prusiano se enfadó, y al darle un nuevo empujón Antonio, contestó con un puñetazo terrible que hizo tambalear al coloso.

Entonces, excitado por la embriaguez, el viejo cogió al prusiano cuerpo á cuerpo, le zarandeó como pudiera hacerlo con un niño, y le lanzó con todas sus fuerzas al otro lado de la carretera. Luego, contento de su proeza, se cruzó de brazos para reir á más y mejor.

Pero el soldado se levantó vivamente con la cabeza desnuda, pues se le había escapado el casco, y tirando del sable se precipitó sobre el tío Antonio.

Cuando éste advirtió lo que le esperaba, cogió por el centro su gran látigo de fresno, recto, fuerte y flexible como un vergajo.

El prusiano llegó con la cabeza baja y el arma tendida hacia delante, seguro de matar. Pero el viejo, cogiendo con la mano la hoja, cuya punta iba á abrirle el vientre, la apartó y dió á su enemigo un golpe seco en la sien con el puño de su látigo, derribándole á sus pies. Luego miró asustado y estupefacto el cuerpo del caído que se movía convulsivamente, y después quedó inmóvil tendido de

bruces. Se inclinó, le movió, le miró un rato. Tenía los ojos cerrados y un hilillo de sangre se escapaba de una herida que tenía en la frente. A pesar de la obscuridad, el tío Antonio distinguía la mancha negruzca de la sangre sobre la nieve.

Permanecía inmóvil, enloquecido, en tanto que los caballos continuaban arrastrando el carro.

¿Qué hacer? ¡Le fusilarían! ¡Quemarían su hacienda, arruinarían el país! ¿Qué hacer, qué hacer? ¿Cómo ocultar el cuerpo, la muerte, engañar á los prusianos? A lo lejos oyó voces, entre el silencio que reinaba en la campiña. Entonces, enloquecido, recogió el casco, se lo puso á su víctima, y cogiendo al soldado como un fardo, corrió hasta alcanzar el carro y lanzó el cuerpo sobre el estiércol. Una vez estuviese en casa ya vería lo conveniente. Iba despacito devanándose los sesos sin encontrar solución. Se veía, se sentía perdido. Entró en el patio de su casa. Una luz brillaba aún en el sobrado; su criada no dormía aún. Entonces hizo retroceder vivamente el carro hasta el agujero donde depositaba el estiércol. Pensó que dando la vuelta á la carga, el cuerpo que estaba encima caería debajo en el foso. Por medio de una hábil maniobra, y gracias á sus fuerzas, consiguió su objeto. Como

lo previera, el hombre quedó sepultado bajo el estiércol. Antonio apisonó el montón con el bieldo que plantó después en el suelo junto al montón. Llamó después á su criado, le ordenó que llevara los caballos al establo, y se fué á su cuarto.

Se acostó reflexionando acerca de lo que debía hacer, pero no se le ocurría ninguna idea; aumentaba su miedo con la quietud de la noche. ¡Le fusilarían! Sudaba de miedo. Castañeteábanle los dientes; se levantó temblando, no pudiendo aguantar durante más rato en la cama.

Bajó á la cocina, tomó la botella de coñac del aparador, y volvió á subir. Bebió dos grandes copas una tras otra, que produjeron una nueva embriaguez que se añadió á la antigua, sin calmar la angustia de su alma. ¡Buena la hizo, voto á Dios!

Se paseaba lentamente por el cuarto, inventando astucias, buscando explicaciones y artimañas, y de vez en cuando se limpiaba la boca con un trago de aguardiente para darse valor.

Pero no daba con lo apetecido; nada encontraba. A media noche, el perro que vigilaba, una especie de medio lobo, llamado Devorante, empezó á aullar de un modo lastimero. El tío Antonio se estremeció hasta los tuétanos, y cada vez que el animal

repetía su aullido largo y lúgubre, un escalofrío de miedo corría bajo la piel del viejo.

Había caído sentado en una silla con las piernas como rotas, atontado, sin fuerzas para nada, esperando con ansiedad que el perro volviera á empezar su queja, y estremecido por todos los sobresaltos que produce el terror en los nervios.

El reloj dió las cinco. El perro no callaba. El aldeano estaba medio loco. Se levantó para soltar á Devorante, y no oirle más. Bajó, abrió la puerta, se adelantó entre tinieblas.

La nieve continuaba cayendo. Todo estaba blanco; las construcciones de la granja formaban grandes manchas negras. Antonio se acercó al cajón del perro que trataba de romper la cadena. Le soltó. Entonces Devorante dió un salto y luego se detuvo de súbito con el pelo erizado, adelantadas las patas, enseñando los dientes y la nariz vuelta hacia el estiércol.

San Antonio, temblando de pies á cabeza, balbuceó:

—¿Qué te pasa, maldita bestia?

Y adelantó algunos pasos escrutando con la mirada la sombra indecisa del patio

Entonces vió una forma, una forma de hombre sentada sobre el estiércol.

Miraba aquello estremecido de horror y jadeante. Pero de pronto vió cerca de él el mango del bieldo clavado en el suelo y lo arrancó de un tirón. Entonces, en uno de esos transportes de miedo que hacen temerarios á los más cobardes, se adelantó para ver.

Era él, su prusiano, lleno de barro y que había salido de su lecho de estiércol, que le había calentado y reanimado. Se había sentado maquinalmente, y permanecía allí bajo la nieve que le salpicaba, manchado de porquería y de sangre, aun atontado por la embriaguez, aturdido por el golpe, debilitado por la herida.

Vió á Antonio, y demasiado atontado aún para comprender nada, hizo un movimiento para levantarse, pero el viejo apenas le reconoció, se puso furioso.

—¡Ah, cerdo! ¡cerdo!—murmuraba. — ¿No has muerto? ¿Vas á denunciarme ahora? ¡Espera... espera!...

Y lanzándose contra el alemán blandió hacia delante con todo el vigor de sus brazos el bieldo como si fuera una lanza, y le hundió las cuatro puntas de hierro en el pecho. El soldado cayó de espaldas lanzando un hondo suspiro de muerte, mientras el

viejo aldeano, sacando el arma de las heridas, la volvió á hundir en el vientre, en el estómago, en la garganta agujereando de pies á cabeza el cuerpo palpitante cuya sangre salía á borbotones.

Luego se detuvo cansado por la violencia del esfuerzo aspirando el aire á grandes bocanadas, y ya tranquilo después de consumar el asesinato.

Entonces, como los gallos cantaban en los corrales é iba á amanecer, sepultó al soldado. Abrió un agujero en el estiércol, halló la tierra, cavó más todavía, trabajando de un modo desordenado con todo el esfuerzo de sus brazos y de su cuerpo.

Cuando juzgó que la zanja era bastante honda, hizo rodar hasta ella el cadáver con el bieldo, echó tierra encima, la apisonó tras largo rato, volvió á poner en su sitio el estiércol, y sonrió viendo que la nieve completaba su obra, cubriendo las huellas con su velo blanco.

Volvió á hundir el bieldo en el estiércol y se fué á su cuarto.

La botella de aguardiente medio llena estaba aun sobre la mesa; la vació de un trago, se echó en la cama y se durmió profundamente.

Se despertó sereno, tranquilo y sosegado, capaz de hacer lo necesario para salvar la piel y ocultar el crimen.

Al cabo de una hora recorría la comarca preguntando por su soldado. Fué á ver á los oficiales para saber, según decía, porque le habían quitado su alojado.

Como conocían su mutua simpatía, no sospecharon de él, que dirigió las investigaciones, afirmando que el prusiano se iba por las noches á correrla.

Un viejo gendarme retirado que tenía una posada en el pueblo vecino, padre de una linda muchacha, fué detenido y fusilado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO